

El Poder de no difamar



**Transforma tu Vida con el
Habla correcta**

Índice

5	El poder de no difamar
7	El poder del silencio
14	Una enseñanza maravillosa
16	Una acción inigualable
21	La acción en la vida cotidiana
24	Recomendación

El Poder de No Difamar

Rabino Aharon David Shlezinger

El poder de no difamar

El honor de las personas es un tesoro delicado. Cada palabra que decimos puede levantarlo o quebrarlo. Por eso, es fundamental resguardar el honor de nuestro prójimo, protegerlo con cuidado y respeto, como quien cuida una joya.

Cuando tratamos a otros con consideración y los hacemos sentir valorados, algo poderoso sucede: su ánimo se fortalece, su corazón se llena de confianza y su espíritu se eleva. Una palabra amable, un gesto de reconocimiento o un acto de respeto puede iluminar incluso los días más grises.

Pero el camino contrario es peligroso. Difamar, criticar sin medida o hablar mal de alguien produce el efecto opuesto: el ánimo decae, la confianza se rompe y la alegría se apaga. Las palabras malintencionadas hieren más que los golpes, porque dañan aquello que no se ve: la dignidad y el sentido de valor propio.

Por eso, cada vez que abrimos la boca, debemos preguntarnos:

—¿Mis palabras harán crecer a esta persona o la harán caer?

Resguardar el honor del prójimo no es solo un acto de bondad hacia él, sino un reflejo de nuestra propia nobleza. Quien cuida la dignidad de otros, siembra respeto, confianza y alegría a su alrededor, y transforma su entorno en un espacio donde todos pueden sentirse valorados.

El poder del silencio

Por eso, tanto en el texto bíblico, como en las palabras de los sabios, hallamos ejemplos de este tipo de comportamiento. Observemos este suceso acontecido con Tamar:

«Aconteció en ese momento, que Judá descendió de sus hermanos y se dirigió hacia un hombre adulamita cuyo nombre era Jirá. Y vio allí Judá a la hija de un mercader cuyo nombre era Shúa; y la tomó –por esposa– y se llegó a ella. Y concibió y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Er. Y volvió a concebir y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Onán. Y nuevamente volvió a concebir y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Shela, y ella estaba en Jezib cuando lo dio a luz.

Y Judá tomó una mujer para su hijo Er, su primogénito; y el nombre de ella era Tamar. Y fue Er, el primogénito de Judá, malo a los ojos de El Eterno, y El Eterno hizo que muriera.

Entonces Judá dijo a Onán:

—Llégate a la mujer de tu hermano y constituye con ella un matrimonio de levirato, y levanta descendencia para tu hermano.

Y sabiendo Onán que la simiente no sería suya, cada vez que se llegaba a la mujer de su hermano, destruía —eyaculando— en el suelo, para no darle descendencia a su hermano. Y lo que hizo fue malo a los ojos de El Eterno, y Él hizo que también él muriera.

Y dijo Judá a Tamar, su nuera:

—Quédate viuda en casa de tu padre, hasta que crezca mi hijo Shela.

Y añadió:

—No sea que muera también como sus hermanos.

Entonces Tamar fue y residió en casa de su padre.

Y pasaron muchos días y la hija de Shúa, mujer de Judá, murió; y se consoló Judá, y subió a Timná junto a los esquiladores de su rebaño, él y Jirá, su amigo adulamita. Y le fue dicho a Tamar, diciendo:

—He aquí que tu suegro asciende a Timná para esquilar su rebaño.

Y se quitó los vestidos de su viudez y se cubrió con un velo, y se rebozó; y se sentó en el cruce de caminos que se encuentra en el camino que conduce a Timná, pues vio que Shelá había crecido y ella no le había sido dada por mujer.

Y la vio Judá y la consideró una meretriz, porque había cubierto su rostro. Y se apartó del camino hacia ella, y le dijo:

—Ven ahora, me llegaré a ti.

Porque no sabía que era su nuera; y ella dijo:

—¿Qué me darás por llegarte a mí?

Y dijo:

—Yo te enviaré un cabrito del rebaño.

Y ella dijo:

—Si me dejas una prenda hasta que lo envíes.

Y él dijo:

—¿Qué prenda te he de dar?

Y ella dijo:

—Tu sello, tu manto y tu cayado que tienes en tu mano.

Y le dio y se llegó a ella, y ella concibió de él. Y ella se levantó, se fue y se quitó el velo de sobre ella, y vistió los vestidos de su viudez.

Y envió Judá el cabrito a través de su amigo el adulamita, para tomar la prenda de mano de la mujer, y no la halló. Y preguntó a las personas del lugar, diciendo:

—¿Dónde está esa meretriz que se sitúa en el cruce de caminos?

Y dijeron:

—No hay aquí meretriz.

Y retornó a Judá y dijo:

—No la hallé; y también las personas del lugar dijeron: “No hay aquí meretriz”.

Y dijo Judá:

—Tómeselos para ella, para que no seamos menospreciados; he aquí que le envié el cabrito y tú no la has hallado.

Y aconteció al cabo de unos tres meses, que le dijeron a Judá, diciendo:

—Tu nuera Tamar se ha prostituido y también he aquí que ha concebido en su prostitución.

Y dijo Judá:

—¡Sacadla y sea quemada!

Mas ella, cuando la sacaban, envió a su suegro, diciendo:

—Del hombre al que pertenecen todas estas cosas estoy embarazada.

Y dijo:

—Reconoce, por favor, de quién son este sello, este manto y este cayado.

Judá reconoció, y dijo:

—Ella está en lo cierto –tzadka–; es de mí, porque no le di a mi hijo Shela.

Y ya no volvió más a conocerla. Y aconteció que, en el momento de dar a luz, he aquí había gemelos en su vientre. Y aconteció que cuando daba a luz, uno extendió la mano, y la partera tomó y ató una hebra carmesí en su mano, diciendo:

—Este ha salido primero.

Y aconteció que cuando volvió a meter su mano, he aquí salió su hermano, y ella dijo:

—Con qué fuerza tan poderosa te has fortificado –paratz–.

Y lo llamó Paretz. Y después salió su hermano, el cual tenía en su mano la hebra carmesí, y lo llamó Zaraj (Génesis 38:1–30).

Una enseñanza maravillosa

Vemos aquí muchas situaciones que despiertan curiosidad, y es muy fácil comenzar a hablar y juzgar rápidamente. Sin embargo, es importante recordar que todo tiene explicación, y por eso los sabios se han dedicado a estudiar y explicar cada asunto con precisión; cada cosa puede entenderse si se analiza con cuidado.

Cuando alguien juzga precipitadamente y comienza a hablar despectivamente o a difamar, ya está atrayendo energía negativa, porque eso es precisamente lo que se genera al hablar mal del prójimo. Esto lo encontramos reflejado en

diversos relatos de la Biblia, como el caso de Miriam, la hermana de Moisés, que habló de él, entre otros.

Pero centrémonos en Tamar, que es directamente relevante para el tema que estamos tratando. Ella no quiso difamar a su suegro bajo ningún concepto. Aunque sabía que era acusada injustamente y hasta se enfrentaba a la pena de ser quemada, Tamar prefirió callar y no causarle vergüenza. Solo envió una señal discreta, de manera que nadie más supiera lo sucedido; únicamente su suegro podría reconocerla y comprender la verdad.

Y como él era un hombre recto, lo reconoció, tal como se relata en los versículos. Por eso se dijo: “Mejor que un hombre se arroje a un horno ardiente antes que avergonzar públicamente a su prójimo” (Bavá Metziá 59a).

Una acción inigualable

Quedémonos con esta acción: Tamar prefirió arriesgar su vida antes que difamar. Esta actitud es de gran enseñanza. A lo largo de la historia, varias personas actuaron de manera similar, recordándonos que debemos cuidar el honor de los demás y no difamarlos. Como enseñó Rabí Eliezer en el tratado de Avot:

—“Sea el honor de tu compañero tan apreciado para ti como el tuyo propio” (Avot 1:10).

Nuestros sabios enseñaron: no se intercalaba (no se añadía un mes) al año sino con aquellos – sabios– designados para ello.

Sucedió una vez con Rabán Gamliel que dijo:

—Madruguen y tráiganme siete (sabios) al altillo.

Él madrugó y encontró ocho.

Dijo:

—¿Quién subió sin permiso? ¡Que baje!

Se levantó Shmuel Hakatán y dijo:

—Yo fui quien subí sin permiso. Pero no subí para intercalar el año, sino porque necesitaba aprender la halajá (ley) en la práctica.

Le respondió Rabán Gamliel:

—Siéntate, hijo mío, siéntate. Tú eres digno de que todos los años se intercalen a través de ti. Pero los sabios dijeron: “El año no se intercala sino con los designados para ello”.

(En realidad) no fue Shmuel Hakatán (quien subí sin ser designado), sino otro hombre, y por vergüenza (para no exponerlo) dijo eso.

Como aquella ocasión en que Rabí (Yehudá Hanasí) estaba sentado enseñando y percibió olor a ajo.

Dijo:

—Que salga el que comió ajo.

Se levantó Rabí Jiya y salió.

Se levantaron todos y salieron.

A la mañana siguiente, Rabí Shimón hijo de Rabí (Yehudá Hanasí) encontró a Rabí Jiya y le dijo:

—¿Acaso tú fuiste quien afligió a mi padre?

Le respondió:

—¡Que no haya algo así en Israel!

¿Y de dónde aprendió Rabí Jiya esa conducta?

De Rabí Meir.

Pues se enseñó:

Una vez una mujer vino a la casa de estudio de Rabí Meir y le dijo:

—Rabí, uno de ustedes me desposó mediante una relación.

Entonces Rabí Meir se levantó y le redactó un acta de divorcio y se la entregó.

Todos los demás (sabios) también se levantaron, escribieron y le entregaron (un acta de divorcio), para no avergonzar al verdadero hombre (que lo hizo).

¿Y de quién aprendió Rabí Meir esto? De Shmuel Hakatán.

¿Y Shmuel Hakatán de quién lo aprendió? De Shejenia ben Yejiel, como está escrito: «Y respondió Shejenia ben Yejiel, de los hijos de Elam, y dijo a Ezra: “Hemos pecado contra nuestro Dios y hemos tomado mujeres extranjeras de los pueblos de la tierra. Y ahora, ¿hay esperanza para que Israel sea perdonado

por esto?”» (Esdras 10:2). (Aunque él no cometió ese pecado, dijo: «Hemos pecado»).

¿Y Shejania ben Yejiel de quién lo aprendió? De lehoshúa (Josué), como está escrito:

«Y el Eterno dijo a Josué: ¡Levántate! ¿Por qué te postras sobre tu rostro? Israel ha pecado» (Josué 7:10-11).

Josué dijo ante Él:

—¡Amo del universo! ¿Quién pecó?

Él le respondió:

—¿Acaso soy un delator? Ve y echa suertes.

Y si quieres, di: lo aprendió de Moshé, como está escrito:

“¿Hasta cuándo os rehusáis...?” (Éxodo 16:28), donde habla en plural para no señalar a uno solo (Sanedrín 11a).

La acción en la vida cotidiana

En la vida cotidiana, es muy fácil dejarse llevar por la curiosidad, por rumores o por la opinión inmediata. Sin embargo, el verdadero valor está en la prudencia y en el respeto hacia los demás. Cada palabra que pronunciamos tiene poder: puede elevar el ánimo de alguien, fortalecer su dignidad, o, por el contrario, herir profundamente y sembrar energía negativa.

A lo largo de la historia, encontramos ejemplos que nos enseñan esta lección, como hemos mencionado.

Lo maravilloso de esta enseñanza es que el honor del prójimo debe ser cuidado como el propio. Cuando preservamos la dignidad de otros, estamos fortaleciendo un mundo más justo, más

amable y más humano. Los sabios de generaciones posteriores actuaron de la misma manera, mostrando que este principio no es solo teórico, sino práctico y aplicable en la vida diaria.

Aprender a no difamar implica valentía y discernimiento. Significa resistir la tentación de hablar mal, incluso cuando sentimos que tenemos razón o cuando otros lo hacen. Implica elegir la discreción sobre la impulsividad, y la verdad silenciosa sobre la humillación pública.

Siguiendo estos ejemplos, comprendemos que proteger el honor del prójimo es un acto de nobleza. Es un modo de sembrar respeto, confianza y armonía, no solo en nuestra comunidad, sino también en nuestros propios corazones. Quien aprende esta enseñanza, descubre que la verdadera fuerza no está en

juzgar, sino en cuidar, callar y dignificar. Y se hace merecer de la bendición Suprema.

Recomendación

Puedes conseguir [La guía de la Consideración](#) haciendo clic [aquí](#) o escaneando el código QR

